

espacio, sin que la noche aunque sobrevenga lo estorbe, dirémos lo que nos resta.» «Sea así,» dijo Juliano. Y Sabino añadió: «Y yo sería de parecer que se acabase aqueste sermón en aquel soto é isleta pequeña que el río hace en medio de sí, y que de aquí se parece. Por-

que yo miro hoy al sol con ojos que, si no es aquel, no nos dejará lugar que de provecho sea.» «Bien habeis dicho, respondieron Marcelo y Juliano, y hágase como decís.» Y con esto, puesto en pié Marcelo, y con él los demás, cesó la plática por entonces.

LIBRO SEGUNDO.

INTRODUCCION.

Descripcion de la miseria humana, y origen de su fragilidad.

En ninguna cosa se conoce mas claramente la miseria humana, muy illustre Señor, que en la facilidad con que pecan los hombres y en la muchedumbre de los que pecan, apeteciendo todos el bien naturalmente, y siendo los males del pecado tantos y tan manifiestos. Y si los que antiguamente filosofaron, argumentando por los efectos descubiertos las causas ocultas de ellos, hincaran los ojos en esta consideracion, ella misma les descubriera que en nuestra naturaleza había alguna enfermedad y daño encubierto, y entendieran por ella que no estaba pura y como salió de las manos del que la hizo, sino dañada y corrompida, ó por desastre ó por voluntad; porque, si miraran en ello, ¿cómo pudieran creer que la naturaleza, madre y diligente proveedora de todo lo que toca al bien de lo que produce, había de formar al hombre por una parte tan mal inclinado, y por otra tan flaco y desarmado para resistir y vencer á su perversa inclinacion? O ¿cómo les pareciera que se compadecia ó que era posible que la naturaleza, que guía, como vemos, los animales brutos y las plantas, y hasta las cosas mas viles, tan derecha y eficazmente á sus fines, que los alcanzan todas ó casi todas, criase á la mas principal de sus obras tan inclinada al pecado, que por la mayor parte, no alcanzando su fin, viniere á extrema miseria?

Y si sería notorio desatino entregar las riendas de dos caballos desbocados y furiosos á un niño flaco y sin arte para que los gobernase por lugares pedregosos y ásperos, y si cometerle á este mismo en tempestad una nave, para que contrastase los vientos, sería error conocido, por el mismo caso pudieran ver no caber en razon que la providencia sumamente sábía de Dios, en un cuerpo tan indomable y de tan malos siniestros, y en tanta tempestad de olas de viciosos deseos como en nosotros sentimos, pusiese para su gobierno una razon tan flaca y tan desnuda de toda buena doctrina como es la nuestra cuando nacemos; ni pudieran decir que, en esperanza de la doctrina venidera y de las fuerzas que con los años podia cobrar la razon, le encomendó Dios aqueste gobierno, y la colocó en medio de sus enemigos sola contra tantos, y desarmada contra tan poderosos y fieros. Porque sabida cosa es que, primero que despierte la razon en nosotros, viven en nosotros y se encienden los deseos bestiales de la vida sensible,

que se apoderan del ánimo, y haciéndola á sus mañas, la inclinan mal antes que comience á conocerse. Y cierto es que, en abriendo la razon los ojos, están como á la puerta y como aguardando para engañarla el vulgo ciego y las compañías malas, y el estilo de la vida lleno de errores perversos, y el deleite y la ambicion, y el oro y las riquezas, que resplandecen. Lo cual cada uno por sí es poderoso á oscurecer y á vestir de tinieblas á su centella recién nacida, cuanto mas todo junto, y como conjurado y hecho á una para hacer mal; y así, de hecho la engañan, y quitándole las riendas de las manos, la sujetan á los deseos del cuerpo, y la inducen á que ame y procure lo mismo que la destruye.

Así que, este desconcierto é inclinacion para el mal que los hombres generalmente tenemos, él solo por sí, bien considerado, nos puede traer en conocimiento de la corrupcion antigua de nuestra naturaleza. En la cual naturaleza, como en el libro pasado se dijo, habiendo sido hecho el hombre por Dios enteramente señor de sí mismo, y del todo cabal y perfecto, en pena de que él por su grado sacó su ánima de la obediencia de Dios, los apetitos del cuerpo y sus sentidos se salieron del servicio de la razon, y rebelando contra ella, la sujetaron, oscureciendo su luz y enflaqueciendo su libertad, y encendiéndola en el deseo de sus bienes dellos, y engendrando en ella apetito de lo que le es ajeno y le daña; esto es, del desconcierto y pecado.

En lo cual es extrañamente maravilloso que, como en las otras cosas que son tenidas por malas, la experiencia de ellas haga escarmiento para huir dellas; pues que el que cayó en un mal paso rodea otra vez el camino por no tornar á caer en él en esta desventura que llamamos pecado, el probarla es abrir la puerta para meterse en ella mas, y con el pecado primero se hace escalon para venir al segundo; y cuanto el alma en este género de mal se destruye mas, tanto parece que gusta mas de destruirse; que es de los daños que en ella el pecado hace, si no el mayor, sin duda uno de los mayores y mas lamentables. Porque por esta causa, como por los ojos se ve, de pecados pequeños nacen, eslabonándose unos con otros, pecados gravísimos, y se endurecen y crian callos, y hacen como incurables los corazones humanos en este mal del pecar, añadiendo siempre á un pecado otro pecado, y á un pecado menor sucediéndole otro mayor de continuo, por haber comenzado á pecar. Y vienen así, continuamente pecando, á tener por hacedero y dulce y gentil lo que, no solo

en sí y en los ojos de los que bien juzgan es aborrecible y feísimo, sino lo que esos mismos que lo hacen, cuando de principio entraron en el mal obrar, huyeran el pensamiento de ello, no solo el hecho, mas que la muerte; como se ve por infinitos ejemplos, de que así la vida comun como la historia está llena.

Mas entre todos es claro y muy señalado ejemplo el del pueblo hebreo antiguo y presente; el cual, por haber desde su primero principio comenzado á apartarse de Dios, prosiguiendo despues en esta su primera dureza, y casi por años volviéndose á él, y tornándole luego á ofender, y amontonando á pecados pecados, mereció ser autor de la mayor ofensa que se hizo jamás, que fué la muerte de Jesucristo. Y porque la culpa siempre ella misma se es pena, por haber llegado á esta ofensa, fué causa en sí misma de un extremo de calamidad. Porque, dejando aparte el perdimiento del reino, y la ruina del templo, y el asolamiento de su ciudad, y la gloria de la religion y verdadero culto de Dios traspasada á las gentes, y dejados aparte los robos y males y muertes innumerables que padecieron los judíos entonces, y el eterno cautiverio en que viven agora en estado vilísimo entre sus enemigos, hechos como un ejemplo comun de la ira de Dios.

Así que, dejando esto aparte, ¿puedése imaginar mas desventurado suceso, que habiéndoles prometido Dios que nacería el Mesías de su sangre y linaje, y habiéndole ellos tan luengamente esperado, y esperando en él y por él la suma riqueza, y en durísimos males y trabajos que padecieron, habiéndose sustentado siempre con esta esperanza, cuando le tuvieron entre sí no le querer conocer, y cegándose, hacerse homicidas y destruidores de su gloria y de su esperanza, y de su sumo bien dellos mismos? A mí verdaderamente, cuando lo pienso, el corazón se me entenece en dolor. Y si contamos bien toda la suma deste exceso tan grave, halláremos que se vino á hacer de otros excesos, y que del abrir la puerta al pecar, y del entrarse continuamente mas adelante por ella, alejándose siempre de Dios, vinieron á quedar ciegos en mitad de la luz; porque tal se puede llamar la claridad que hizo Cristo de sí, así por la grandeza de sus obras maravillosas como por el testimonio de las letras sagradas que se demuestran; las cuales demuestran así claramente que no pudiéramos creer que ningunos hombres eran tan ciegos, si no supiéramos haber sido tan grandes pecadores primero. Y ciertamente, lo uno y lo otro, esto es, la ceguedad y maldad dellos y la severidad y rigor de la justicia de Dios contra ellos, son cosas maravillosamente espantables.

Yo siempre que las pienso me admiro; y trújome las á la memoria agora lo restante de la plática de Marcelo que me queda por referir, y es ya tiempo que lo refiera. Porque fué así, que los tres, despues de haber comido, y habiendo tomado algun pequeño reposo, ya que la fuerza del calor comenzaba á caer, saliendo de la granja, y llegados al río, que cerca della corría, en un barco, conformándose con el parecer de Sabino, se pasaron al soto que se hacia en medio dél, en una como isleta pequeña que apegada á la presa de unas aceñas se descubría. Era el soto, aunque pequeño, es-

E. xvi. ii.

peso y muy apacible, y en aquella sazón estaba muy lleno de hoja, y entre las ramas que la tierra de suyo criaba, tenía tambien algunos árboles puestos por industria, y dividíale como en dos partes un no pequeño arroyo que hacia el agua que por entre las piedras de la presa se hurtaba del río, y corría cuasi toda junta.

Pues entrados en él Marcelo y sus compañeros, y metidos en lo mas espeso dél y mas guardado de los rayos del sol, junto á un álamo alto, que estaba cuasi en el medio, teniéndole á las espaldas, y delante los ojos la otra parte del soto, en la sombra y sobre la yerba verde, y cuasi juntado al agua los piés, se sentaron; adonde diciendo entre sí del sol de aquel día, que aun se hacia sentir, y de la frescura de aquel lugar, que era mucha, y alabando á Sabino su buen consejo, Sabino dijo así: «Mucho me huelgo de haber acertado tan bien, y principalmente por vuestra causa, Marcelo, que por satisfacer á mi deseo tomáis hoy tan grande trabajo, que, segun lo mucho que esta mañana dijistes, temiendo vuestra salud, no quisiera que agora dijéades mas, si no me asegurara en parte la cualidad y frescura de aqueste lugar; aunque quien suele leer en medio de los caniculares tres liciones en las escuelas muchos dias arreo, bien podrá platicar entre estas ramas la mañana y la tarde de un día, ó por mejor decir, no habrá maldad que no haga.» «Razon tiene Sabino, respondió Marcelo, mirando hácia Juliano, que es género de maldad ocuparse uno tanto y en tal tiempo en la escuela; y de aquí veréis cuán malvada es la vida que así nos obliga. Así que, bien podeis proseguir, Sabino, sin miedo; que, demás de que este lugar es mejor que la cátedra, lo que aquí tratamos agora es sin comparacion muy mas dulce que lo que leemos allí; y así, con ello mismo se alivia el trabajo.» Entonces Sabino, desplegando el papel y prosiguiendo su lectura, dijo desta manera:

§. I.

De cómo se llama Cristo *Brazo de Dios*, y á cuánto se extiende su fuerza.

«Otro nombre de Cristo es *Brazo de Dios*. Esaías en el capítulo 53: —¿Quién dará crédito á lo que habemos oído? y su brazo Dios ¿á quién lo descubrirá?—Y en el capítulo 52: —Aparejó el Señor su brazo santo ante los ojos de todas las gentes, y verán la salud de nuestro Dios todos los términos de la tierra.—Y en el cántico de la Virgen:—Hizo poderío en su brazo, y deramó los soberbios.—Y abiertamente en el salmo 70, adonde en persona de la Iglesia dice David: —En la vejez mia ni menos en mi senectud no me desampares, Señor, hasta que publique tu brazo á toda la generacion que vendra.—Y en otros muchos lugares.»

Cesó aquí Sabino, y disponíase ya Marcelo para comenzar á decir; mas Juliano, tomando la mano, dijo: «No sé yo, Marcelo, si los hebreos nos darán que Esaías en el lugar que el papel dice hable de Cristo.» «No lo darán ellos, respondió Marcelo, porque están ciegos; pero dánoslo la misma verdad. Y como hacen los malos enfermos, que huyen más de lo que les da mas salud, así estos, perdidos en este lugar, el cual solo bastaba para traerlos á luz, derraman con mas estudio las ti-

nieblas de su error para escurecerle; pero primero perderá su claridad este sol. Porque si no habla de Cristo Esaías allí, pregunto, ¿de quién habla? «Ya sabeis lo que dicen, respondió Juliano.» «Ya sé, dijo Marcelo, que lo declaran de sí mismos y de su pueblo en el estado de agora; pero ¿pareceos á vos que hay necesidad de razones para convencer un desatino tan claro?» «Sin duda clarísimo, respondió Juliano, y cuando no hubiera otra cosa, hace evidencia de que no es así lo que dicen, ver que la persona de quien Esaías habla allí, el mismo Esaías dice que es inocentísima y ajena de todo pecado, y limpieza y satisfacción de los pecados de todos; y el pueblo hebreo que agora vive, por ciego y arrogante que sea, no se osará atribuir á sí aquesta inocencia y limpieza.

»Y cuando osase él, la palabra de Dios le condena en Oseas cuando dice (a) que en el fin y despues deste largo cautiverio en que agora están los judíos se convertirán al Señor. Porque, si se convertirán á Dios entonces, manifiesto es que agora están apartados dél y fuera de su servicio. Mas, aunque este pleito esté fuera de duda, todavía, si no me engaño, os queda pleito con ellos en la declaracion deste nombre; el cual ellos tambien confiesan que es nombre de Cristo, y confiesan, como es verdad, que ser brazo es ser fortaleza de Dios y victoria de sus enemigos; mas dicen que los enemigos que por el Mesías, como por su brazo y fortaleza, vence y vencerá Dios, son los enemigos de su pueblo; esto es, los enemigos visibles de los hebreos, y los que los han destruido y puesto en cautividad, como fueron los caldeos y los griegos y los romanos, y las demás gentes sus enemigas, de las cuales esperan verse vengados por mano del Mesías, que, engañados, aguardan, y le llaman brazo de Dios por razon de aquesta victoria y venganza.» «Así lo sueñan, respondió Marcelo; y pues habeis movido el pleito, comencemos por él. Y como en la cultura del campo, primero arranca el labrador las yerbas dañosas y despues planta las buenas, así nosotros agora desarraiguemos primero ese error, para dejar despues su campo libre y desembarazado á la verdad.

»Mas decidme, Juliano, ¿prometió Dios alguna vez á su pueblo que les enviara su brazo y fortaleza para darles victoria de algun enemigo suyo, y para ponerlos, no solo en libertad, sino tambien en mando y señorío glorioso? Y ¿dijoles en alguna parte que habia de ser su Mesías un fortísimo y belicosísimo capitán, que venceria por fuerza de armas sus enemigos y extenderia por todas las tierras sus esclarecidas victorias, y que sujetaria á su imperio las gentes?» «Sin duda así se lo dijo y prometió, respondió Juliano.» «Y ¿prometióselo por ventura, siguió luego Marcelo, en un solo lugar ó una vez sola, y esa acaso y hablando de otro propósito?» «No, sino en muchos lugares, respondió Juliano, y de principal intento y con palabras muy encarecidas y hermosas.» «¿Qué palabras, añadió Marcelo, ó qué lugares son esos? Referid algunos si los teneis en la memoria.» «Largos son de contar, dijo Juliano, y aunque preguntais lo que sabeis, y no sé para qué fin, diré los que se me ofrecen.

(a) Oseae, 3, v. 5

»David en el salmo, hablando propiamente con Cristo, le dice (b):—Cíñe tu espada sobre tu muslo poderosísimo, tu hermosura y tu gentileza; sube en el caballo y reina prósperamente por tu verdad y mansedumbre y por tu justicia; tu derecha te mostrará maravillas, tus saetas agudas (los pueblos caerán á tus piés) en los corazones de los enemigos del Rey.—Y en otro salmo dice el mismo (c):—El Señor reina; haga fiesta la tierra, alégrese las islas todas; nube y tiniebla en su derredor, justicia y juicio en el trono de su asiento. Fuego va delante dél, que abrasará á todos sus enemigos.—Y Esaías en el capítulo 41 (d):—Y en aquel día extenderá el Señor segunda vez su mano para poseer lo que de su pueblo ha escapado de los asirios y de los egipcios y de las demás gentes; y levantará su bandera entre las naciones, y allegará á los fugitivos de Israel y los esparcidos de Judá de las cuatro partes del mundo; y los enemigos de Judá perecerán, y volará contra los filisteos por la mar; cautivará á los hijos de Oriente, Edon le servirá y Moab le será sujeto, y los hijos de Amon sus obedientes.—Y en el capítulo 41 por otra manera (e):—Pondrá ante sí en huida las gentes, perseguirá los reyes; como polvo los hará su cuchillo, como astilla arrojada su arco; perseguirlos ha y pasará en paz, no entrará ni polvo en sus piés.—Y como despues él mismo (f):—Yo, dice, te pondré como carro, y como nueva trilladera con dentales de hierro, trillarás los montes y desmenuzarlos has, y á los collados dejarás hechos polvo; aventaráslos y llevarlos ha el viento, y el torbellino los esparcerá.—Y cuando el mismo profeta introduce al Mesías, teñida la vestidura con sangre, y á otros que se maravillan de ello y le preguntan la causa, dice que él le responde (g):—Yo solo he pisado un lugar, en mi ayuda no se halló gente; pisélos en mi ira y pateélos en mi indignacion, y su sangre salpicó mis vestidos, y he ensuciado mis vestiduras todas.—Y en el capítulo 42 (h):—El Señor, como valiente, saldrá, y como hombre de guerra, despertará su coraje, guerreará y levantará alarido, y esforzarse ha sobre sus enemigos;—mas es nunca acabar.

»Lo mismo, aunque por diferentes maneras, dice en el capítulo 63 y 66, y Joel dice lo mismo en el capítulo último, y Amós profeta tambien en el mismo capítulo, y en los capítulos 4 y 5 y último lo repite Miqueas, y ¿qué profeta hay que no celebre cantando en diversos lugares este capitán y aquesta victoria?» «Así es verdad, dijo Marcelo, mas tambien me decid: ¿los asirios y los babilonios fueron hombres señalados en armas, y hubo reyes belicosos y victoriosos entre ellos, y sujetaron á su imperio á todo ó á la mayor parte del mundo?» «Así fué, respondió Juliano.» «Y los medos y persas que vinieron despues, añadió luego Marcelo, ¿no menearon tambien las armas asaz valerosamente y enseñorearon la tierra, y floreció entre ellos el esclarecido Ciro y el poderosísimo Jerjes?» Concedió Juliano que era verdad.

«Pues no menos verdad es, dijo prosiguiendo Marcelo, que las victorias de los griegos sobaron á estos,

(b) Psalm. 44, v. 4. (c) Psalm. 96, v. 4.
(d) Esai., 41, v. 11. (e) Ibidem, 41, v. 2. (f) Ibidem, v. 15.
(g) Ibidem, 63, v. 3. (h) Ibidem, 42, v. 13.

y que el no vencido Alejandro, con la espada en la mano y como un rayo, en brevísimo espacio corrió todo el mundo, dejándole no menos espantado de sí que vencido; y muerto él, sabemos que el trono de sus sucesores tuvo el cetro por largos años de toda Asia y de mucha parte de Africa y de Europa. Y por la misma manera los romanos, que les sucedieron en el imperio y en la gloria de las armas, tambien vemos que venciólo todo, crecieron hasta hacer que la tierra y su señorío tuviesen un mismo término. El cual señorío, aunque disminuido, compuesto de partes, unas flacas y otras muy fuertes, como lo vió Daniel en los piés de la estatua (a), hasta hoy día persevera por tantas vueltas de siglos. Y ya que callemos los príncipes guerreadores y victoriosos que florecieron en él en los tiempos mas vecinos al nuestro, notorios son los Scipiones, los Marcelos, los Marios, los Pompeyos, los Césares de los siglos antepasados, á cuyo valor y esfuerzo y felicidad fué muy pequeña la redondez de la tierra.»

«Espero, dijo Juliano, dónde vais á parar.» «Presto lo veréis, dijo Marcelo, pero decidme: esta grandeza de victorias é imperio que he dicho, ¿diósele Dios á los que he dicho, ó ellos por sí y por sus fuerzas puras, sin órden ni ayuda dél la alcanzaron?» «Fuera está eso de toda duda, respondió Juliano, acerca de los que conocen y confiesan la providencia de Dios. Y en los Proverbios dice él mismo de sí mismo (b):—Por mí reinan los príncipes.—» «Decis la verdad, dijo Marcelo, mas todavía os pregunto si conocian y adoraban á Dios aquellas gentes.» «No le conocian; dijo Juliano, ni le adoraban.» «Decidme mas, prosiguió diciendo Marcelo: antes que Dios les hiciese aquesta merced, ¿prometió de hacerse, ó vendióles muchas palabras acerca dello, ó enviélos muchos mensajeros, encareciéndoles la promesa por largos días y por diversas maneras?» «Ninguna de esas cosas hizo Dios con ellos, respondió Juliano, y si de alguna destas cosas, antes que fuesen, se hace mencion en las letras sagradas, como á la verdad se hace de algunas, hácese de paso y como de camino, y á fin de otro propósito.»

«Pues ¿en qué juicio de hombres cabe ó pudo haber, añadió Marcelo encontinente, pensar que lo que daba Dios y cada día lo da á gentes ajenas de sí y que viven sin ley, bárbaras y fieras y llenas de infidelidad y de vicios feísimos, digo el mando terreno y la victoria en la guerra, y la gloria y la nobleza del triunfo sobre todos ó cuasi todos los hombres; pues quién pudo persuadirse que lo que da Dios á estos, que son como sus esclavos, y que se lo da sin prometérselo y sin vendérselo con encarecimientos, y como si no les diese nada ó les diese cosas de breve y de poco momento, como á la verdad lo son todas ellas en sí, eso mismo ó su semejante á su pueblo escogido, y al que solo, adorando ídolos todas las otras gentes, le conocia y servia para dárselo, si se lo queria dar como los ciegos pensaron, se lo prometia tan encarecidamente y tan de atrás, enviándoles cuasi cada siglo nueva promesa dello por sus profetas, y se lo vendia tan caro y hacia tanto esperar, que el día de hoy, que es mas de tres mil años despues de la primera promesa, aun no está cumplido, ni ven-

(a) Daniel, 2, v. 33. (b) Prov., 8, v. 16.

drá á cumplimiento jamás, porque no es eso lo que Dios prometia?

»Gran donaire, ó por mejor decir, ceguedad lastimera es creer que los encarecimientos y amores de Dios habian de parar en armas y en banderas y en el estruendo de los atambores, y en castillos cercados y en muros batidos por tierra, y en el cuchillo, en la sangre y en el asalto y cautiverio de inocentes; y creer que el brazo de Dios, extendido y cercado de fortaleza invencible, que Dios promete en sus letras y de quien él tanto en ellas se precia, era un descendiente de David, capitán esforzado, que rodeado de hierro y esgrimiendo la espada, y llevando consigo innumerables soldados, habia de meter á cuchillo las gentes y desplegar por todas las tierras sus victoriosas banderas. Mesías fué de esa manera Ciro y Nabucodonosor y Artajerjes, ó ¿qué le faltó para serlo? Mesías fué, si ser Mesías es eso, César el dictador y el grande Pompeyo, y Alejandro en esa manera fué mas que todos Mesías. ¿Tan grande valentía es dar muerte á los mortales y derrocar los alcázares, que ellos de suyo se caen, que le sea á Dios ó conveniente ó glorioso hacer para ello brazo tan fuerte, que por este hecho le llame su fortaleza? ¡Oh, cómo es verdad aquello que en persona de Dios les dijo Esaías (c):—Cuanto se encumbra el cielo sobre la tierra, tanto mis pensamientos se diferencian y levantan sobre los vuestros.—Que son palabras que se me vienen luego á los ojos todas las veces que en este desatino pongo atencion.

»Otros vencimientos, gente ciega y miserable, y otros triunfos y libertad, y otros señoríos mayores y mejores son los que Dios nos promete. Otro es su brazo y otra su fortaleza, muy diferente y muy mas aventajada de lo que pensais. Vosotros esperais tierra que se consume y perece; y la escritura de Dios es promesa del cielo. Vosotros amais y pedis libertad del cuerpo, y en vida abundante y pacífica, con la cual libertad se compecede servir el ánima al pecado y al vicio; y destos males, que son mortales, nos prometia Dios libertad. Vosotros esperábades ser señores de otros; Dios no prometia sino hacerlos señores de vosotros mismos. Vosotros os teneis por satisfechos con un sucesor de David, que os reduzga á vuestra primera tierra y os mantenga en justicia, y defienda y ampare de vuestros contrarios; mas Dios, que es sin comparacion muy mas liberal y mas largo, os prometia, no hijo de David solo, sino hijo suyo y de David hijo tambien, que enriquecido de todo el bien que Dios tiene, os sacase del poder del demonio y de las manos de la muerte sin fin, y que os sujetase debajo de vuestros piés todo lo que de veras os daña, y os llevase santos, inmortales, gloriosos á la tierra de vida y de paz, que nunca fallece. Estos son bienes dignos de Dios, y semejantes dádivas, y no otras, hinchen el encarecimiento y muchedumbre de aquellas promesas.

»Y á la verdad, Juliano, entre los demás inconvenientes que tiene este error, es uno grandísimo que los que se persuaden dél forzosamente juzgan de Dios muy baja y vilmente. No tiene Dios tan angosto corazón como los hombres tenemos, y estos bienes y gloria terrena

(c) Esai., 55, v. 9.

que nosotros estimamos en tanto, aunque es él solo el que los distribuye y reparte, pero conoce que son bienes caducos y que están fuera del hombre, y que no solamente no le hacen bueno, mas muchas veces le empeoran y dañan; y así, ni hace alarde de estos bienes Dios, ni se precia del repartimiento dellos, y las mas veces los envía á quien no los merece, por los fines que él se sabe; y á los que tiene por desechados de sí, y que son delante de sus ojos como viles cautivos y esclavos, á esos les da aqueste breve consuelo; y al revés, con sus escogidos y con los que como á hijos ama, en esto comunmente es escaso, porque sabe nuestra flaqueza y la facilidad con que nuestro corazón se derrama en el amor destas prendas exteriores teniéndolas, y sabe que cuasi siempre ó cortan ó enflaquecen los nervios de la virtud verdadera.

»Mas dirán: — Esperamos lo que las sagradas letras nos dicen; y con lo que Dios promete nos contentamos, y eso tenemos por mucho. Leemos capitán, oímos guerras y caballos y saetas y espadas, vemos victorias y triunfos, prométenos libertad y venganza, dicennos que nuestra ciudad y nuestro templo será reparado, que las gentes nos servirán y que seremos señores de todos. Lo que oímos, eso esperamos, y con la esperanza de ello vivimos contentos. — Siempre fué flaca defensa asirse á la letra cuando la razón evidente descubre el verdadero sentido; mas, aunque flaca, tuviera aquí y en este propósito alguna color si las mismas divinas letras no descubrieran en otros lugares su verdadera intención. Porque, pues Esaias, cuando habla sin rodeo y sin figuras de Cristo, le pinta en persona de Dios de aquesta manera (a): — Veis, dice, á mi siervo, en quien descanso, aquel en quien se contenta y satisface mi ánima; puse sobre él mi espíritu, él hará justicia á las gentes, no voceará ni será aceptador de personas, ni será oída en las plazas su voz. La caña quebrantada no quebrará, y la estopa que humea no la apagará, no será áspero ni bullicioso; — manifestamente se muestra que este brazo y fortaleza de Dios, que es Jesucristo, no es fortaleza militar ni coraje de soldado, y que los hechos hazñosos de un cordero tan humilde y tan manso como es el que en este lugar Esaias pinta, no son hechos desta guerra que vemos, adonde la soberbia se enseñorea y la crueldad se despierta, y el bullicio y la cólera y la rabia y el furor menean las manos. No tendrá, dice, cólera para hacer mal ni á una caña quebrada; y antójasele al error vano de aquestos mezquinos que tiene de trastornar el mundo con guerras.

»Y no es menos claro lo que el mismo profeta dice en otro capítulo (b): — Herirá la tierra con la vara de su boca, y con el aliento de sus labios quitará la vida al malvado. — Porque, si las armas con que hiere la tierra y con que quita la vida al malo son vivas y ardientes palabras, claro es que su obra de aqueste brazo no es pelear con armas carnales contra los cuerpos, sino contra los vicios con armas de espíritu. Y así, conforme á esto, le arma de punta en blanco con todas sus piezas en otro lugar, diciendo (c): — Vistióse por loriga justicia, y salud por yelmo de su cabeza; vistióse por vestiduras venganza, y el celo le cubrió como capa. —

(a) Esai., 42, v. 1. (b) Ibidem, 41, v. 4. (c) Ibidem, 59, v. 17.

Por manera que las saetas que antes decía que enviadas con el vigor del brazo traspasan los cuerpos, son palabras agudas y enherboladas con gracia, que pasan el corazón de claro en claro; y su espada famosa no se templó con acero en las fraguas del Vulcano, para derramar la sangre cortando, ni es hierro visible, sino rayo de virtud invisible, que pone á cuchillo todo lo que en nuestras almas es enemigo de Dios; y sus lorigas y sus petos y sus arneses, por el consiguiente, son virtudes heroicas del cielo, en quien todos los golpes enemigos se embotan. Piden á Dios la palabra, y no despiertan la vista para conocer la palabra que Dios les dió.

»Como piden cosas desta vida mortal, y que cada día las vemos en otros, y que comprendemos lo que valen y son, pues dice Dios por su profeta (d) que el bien de su promesa y la cualidad y grandeza della, ni el ojo la vió ni llegó jamás á los oídos, ni cayó nunca en el pensamiento del hombre. Vencer unas gentes á otras bien sabemos qué es; el valor de las armas cada día lo vemos; no hay cosa que mas entienda ni mas desee la carne que las riquezas y que el señorío; no promete Dios esto, pues lo que promete excede á todo nuestro deseo y sentido. Hacerse Dios hombre, eso no lo alcanza la carne; morir Dios en la humanidad que tomó para dar vida á los suyos, eso vence el sentido; muriendo un hombre, al demonio, que tiranizaba los hombres, hacerle sujeto y esclavo de ellos, ¿quién nunca lo oyó? Los que servían al infierno, convertirlos en ciudadanos del cielo y en hijos de Dios, y finalmente hermohear con justicia las almas, desarraigando dellas mil malos siniestros, y hechas todas luz y justicia, á ellas y á los cuerpos vestirlos de gloria y de inmortalidad, ¿en qué deseo cupo jamás, por mas que alargase la rienda al deseo?

»Mas ¿en qué me detengo? El mismo profeta ¿no pone abiertamente y sin ningún rodeo ni velo el oficio de Cristo y su valentía, y la cualidad de sus guerras en el capítulo 61 del profeta Esaias, adonde introduce á Cristo, que dice (e): — El espíritu del Señor está sobre mí, á dar buena nueva á los mansos me envió — ¿No veis lo que dice? ¿Qué? Buena nueva á los mansos, no asalto á los muros. Mas: — A curar los de corazón quebrantado. — Y dice el error que á pasar por los filos de su espada á las gentes. — A predicar á los cautivos perdon. — A predicar; que no á guerrear. No á dar rienda á la saña, sino — á publicar su indulgencia, y predicar el año en que se aplaca el Señor, y el día en que, como si se viese vengado, queda mansa su ira. A consolar á los que lloran y á dar fortaleza á los que se lamentan. A darles guirnalda en lugar de la ceniza, y unción de gozo en lugar del duelo, y manto de olor en vez de la tristeza de espíritu. — Y para que no quedase duda ninguna, concluye: — Y serán llamados fuertes en justicia. — ¿Dónde están agora los que, engañándose á sí mismos, se prometen fortaleza de armas, prometiendo declaradamente Dios fortaleza de virtud y de justicia?»

Aquí Juliano, mirando alegremente á Marcelo, «páreceme, dijo, Marcelo, que os he metido en calor, y bastaba el del día; mas no me pesa de la ocasión que

(d) Esai., 64, v. 4. (e) Ibidem, 61, v. 4.

os he dado, porque me satisface mucho lo que habeis dicho, y porque no quede nada por decir, quiéroos también preguntar qué es la causa por donde Dios, ya que hacia promesa deste tan grande bien á su pueblo, se la encubrió debajo de palabras y bienes carnales y visibles, sabiendo que para ojos tan flacos como los de aquel pueblo era velo que los podía cegar, y sabiendo que para corazones tan aficionados al bien de la carne, como son los de aquellos, era cebo que los habia de engañar y enredar. » «No era cebo ni velo, respondió al punto Marcelo, pues juntamente con ello estaba luego la voz y la mano de Dios, que alzaba el velo y avisaba del cebo, descubriendo por mil maneras lo cierto de su promesa. Ellos mismos se cegaron y se enredaron de su voluntad. » «Por ventura yo no me he declarado, dijo entonces Juliano, porque eso mismo es lo que pregunto. Que pues Dios sabia que se habian de cegar tomando de aquel lenguaje ocasión, ¿por qué no cortó la ocasión del todo? Y pues les descubria su voluntad y determinación, y se la descubria para que la entendiesen, ¿por qué no se la descubrió sin dejar escondido donde se pudiese encubrir el error? Porque no diréis que no quiso ser entendido; porque, si eso quisiera, callara; ni menos que no pudo darse á entender. »

«Los secretos de Dios, respondió Marcelo, encogiéndose en sí, son abismos profundos; por donde en ellos es ligero el dificultar, y el penetrar muy dificultoso; y el ánimo fiel y cristiano mas se ha de mostrar sabio en conocer (que seria poco el saber de Dios si lo comprendiese nuestro saber) que ingenioso en remontar dificultades sobre lo que Dios hace y ordena. Y como sea esto así, en todos los hechos de Dios en este particular que toca á la ceguedad de aquel pueblo, el mismo san Pablo se encoge y parece que se retira; y aunque caminaba con el soplo del Espíritu Santo, ege las velas del entendimiento y las inclina, diciendo (a): — ¡Oh honduras de las riquezas y sabiduría y conocimiento de Dios, cuán no penetrables son sus juicios y cuán dificultosos de rastrear sus caminos. — Mas, por mucho que se esconda la verdad, como es luz, siempre echa algunos rayos de sí, que dan bastante lumbre al ánima humilde.

»Y así, digo agora que no porque algunos toman ocasión de pecar, conviene á la sabiduría de Dios mudar, ó en el lenguaje con que nos habla ó en la orden con que nos gobierna ó en la disposición de las cosas que cria; lo que es en sí conveniente y bueno para la naturaleza en comun. Bien sabeis que unos salen á hacer mal con la luz, y que á otros la noche con sus tinieblas los convida á pecar; porque, ni el cosario correría á la presa si el sol no amaneciese, ni si no se pudiese, el adúltero macularía el lecho de su vecino. El mismo entendimiento y agudeza de ingenio de que Dios nos dotó, si atendemos á los muchos que usan mal dél, no nos le diera, y dejara al hombre no hombre. ¿No dice san Pablo de la doctrina del Evangelio, que á unos es olor de vida para que vivan, y á otros de muerte para que mueran? ¿Qué fuera del mundo si, porque no se acrescentara la culpa de algunos, quedaríamos todos

(a) Rom., 11, v. 35.

en culpa? Esta manera de hablar, Juliano, adonde con semejanzas y figuras de cosas que conocemos y vemos y amamos nos da Dios noticia de sus bienes, y nos los promete para la cualidad y gusto de nuestro ingenio y condición, es muy útil y muy conveniente. Lo uno, porque todo nuestro conocimiento, así como comienza de los sentidos, así no conoce bien lo espiritual, sino es por semejanza de lo sensible, que conoce primero. Lo otro, porque la semejanza que hay de lo uno á lo otro, advertida y conocida, aviva el gusto de nuestro entendimiento naturalmente, que es inclinado á cotejar unas cosas con otras, discurriendo por ellas; y así, cuando descubre alguna gran consonancia de propiedades entre cosas que son en naturaleza diversas, alégrase mucho y como saboréase en ello, é imprímelo con mas firmeza en las mentes. Y lo tercero, porque de las cosas que sentimos, sabemos por experiencia lo gustoso y lo agradable que tienen; mas de las cosas del cielo no sabemos cuál sea ni cuánto su sabor y dulzura.

»Pues, para que cobremos afición y concibamos deseo de lo que nunca habemos gustado, preséntanoslo Dios debajo de lo que gustamos y amamos, para que, entendiendo que es aquello mas y mejor que lo conocido, amemos en lo no conocido el deleite y contento que ya conocemos. Y como Dios se hizo hombre dulcísimo y amorosísimo, para que lo que no entendíamos de la dulzura y amor de su natural condición, que no veíamos, lo experimentásemos en el hombre, que vemos, y de quien se vistió para comenzar allí á encender nuestra voluntad en su amor; así en el lenguaje de sus escrituras nos habla como hombre á otros hombres, y nos dice sus bienes espirituales y altos con palabras y figuras de cosas corporales que les son semejantes, y para que los amemos los enmiela con esta miel nuestra; digo con lo que él sabe que tenemos por miel.

»Y si en todos es esto, en la gente de aquel pueblo de quien hablamos tiene mas fuerza y razón por su natural y no creible flaqueza, y como divinamente dijo san Pablo, por su infinita niñez. La cual demandaba que, como el ayo al muchacho pequeño le induce con golosinas á que aprenda el saber, así Dios á aquellos los levantase á la creencia y al deseo del cielo, ofreciéndoles y prometiéndoles al parecer bienes de tierra. Porque, si en acabando de ver el infinito poder de Dios y la grandeza de su amor para con ellos en las plagas de Egipto y en el mar Bermejo dividido por medio; y si teniendo casi presente en los ojos el fuego y la nube del Sina, y la habla misma de Dios, que les decía la ley, sonando en sus oídos entonces; y si teniendo en la boca el maná que Dios les llovía; y si mirando ante sí la nube que los guiaba de día y les lucía de noche, venidos á la entrada de la tierra de Canaan, adonde Dios los llevaba, en oyendo que la moraban hombres valientes, temieron y desconfiaron, y volvieron atrás, llorando fea y vilmente; y no creyeron que quien pudo romper el mar en sus ojos, podría derrocar unos muros de tierra; y la riqueza y abundancia de la tierra que veían y amaban, ni la experiencia de la fortaleza de Dios, los pudo mover adelante; si luego y de primera instancia y por sus palabras sencillas y claras les prometiera Dios la encarnación de su Hijo y lo espiritual